

Sin embargo, además de ser este cuento un ensayo histórico sobre la Unidad Popular (de aquel sueño, del «socialismo a la chilena»), sobre la dictadura militar posterior y sobre la reconquista de la libertad de un pueblo como muchos, también el texto de Gómez Valderrama es una especie de esquemática y cifrada *biografía crítica* de Pinochet, la única que como tal existe por ahora –pero, por cierto y por ausencia, hay entrelíneas y silente un sentido epitafio para Salvador Allende Gossens, sobre cuya muerte se alzó victorioso ese «soldado neto» que hoy vive su último capítulo –y en Londres una de sus últimas batallas contra el mundo y contra su propia imagen–, para el que el final no será otro que aquel que ya ha escrito este escritor colombiano, apenas tres años después del magnicidio, ejerciendo un tipo de justicia política desde el espacio conjetural de la literatura.

Un noble y arriesgado intento de justicia desde la literatura (histórica y fantástica) que no pretende de ningún modo asesinar a nadie, ni siquiera figurativamente. Porque, como lo advierte Jacques Derrida en la dedicatoria de su *Specter of Marx* (1994), tanto la muerte como la vida de un hombre son algo único que no puede ser arrebatado a quien pertenecen, ni siquiera por la vía del símbolo, por muy artístico que sea. Lejos estuvo, por eso mismo, Gómez Valderrama, buen abogado como era, además de escritor, de cometer un asesinato simbólico o de pensar en la muerte como un castigo, su hacer justicia (literaria) es de otra índole que la de darle a nuestra imaginación una licencia absurda para ejecutar a alguien, ni siquiera a su espectro. Esas *muertes apócrifas* son instrumentos literarios para corregir (y, tal vez, desmentir) la historia utópicamente. No están allí para que el lector sepa lo que pasó, sino para que imagine qué pudiera haber pasado si ..., y así sabrá de verdad aquello que (nos) pasó.

Pero el riesgo era también con el futuro y Pedro Gómez Valderrama demostró con unas pocas líneas, con esta miniatura narrativa suya, que su arte es de una erudición visionaria admirable. Hoy que Pinochet ha sido arrestado en Londres –con lo cual se abre un capítulo más para discutir, no sin cierta postmodernidad inquietante a veces, un tema mayor, como apunta Eduardo Galeano en su artículo «El ojo del cíclope» (1999), la globalización de la justicia y el rol que le cabe a América Latina en tal debate internacional– y que se ha generado al respecto, como es lógico, una avalancha de opiniones escritas a través de la prensa, entre las cuales hay que destacar las declaraciones de Carlos Fuentes, de Ariel Dorfman –al diario *El País* (noviembre de 1998)– y de Isabel Allende –a las que habría que agregar, por supuesto, las del propio afectado en su «Carta enviada por Augusto Pinochet a los chilenos» (diciembre de 1998)–, el texto de Gómez Valderrama resulta haberse anticipado magistralmente a todo esto y, por lo

mismo, será uno de los documentos indispensables a la hora de contar esta historia.

Isabel Allende comienza su 'veredicto' titulado significativamente «Pinochet Without Hatred» (*New York Times Magazine*, 1999), con la siguiente reflexión: «Hace varios años atrás me preguntaron si planeaba escribir algún día una novela sobre Pinochet. No, contesté, porque como personaje era insignificante. Ahora debo retractarme de este juicio: uno puede decir todo de él menos que sea insignificante. El general ha tenido bajo su puño a Chile durante 25 años y todavía es la figura más influyente en el país. Una década después de haber abandonado la presidencia, el viejo dictador aún mantiene cautiva a la democracia.» Algo similar, respecto a la importancia del aludido, observa Jon Lee Anderson, en su entrevista-artículo «The Dictator» (*The New Yorker*, 1998): «Augusto Pinochet, dejando todas las definiciones a un lado, ha resultado ser la más rara de las criaturas, un ex-dictador exitoso.» Lo cual no pretende engrandecer su figura(ción), sino reconocer el apoyo con que todavía cuenta en Chile —sin mencionar algún prestigio logrado en el exterior, que sobrevive pese al percance londinense— y, especialmente, porque ha impuesto hasta ahora, con éxito, su parecer y sus dictados, incluso por vías (vergonzosamente) democráticas. Idiosincráticamente muy ciertos hasta la fecha el testimonio de Isabel Allende y la observación de Anderson. Sin embargo, el punto es otro aquí. Aunque ella misma u otro escritor llegara un día a escribir esa «novela» —insisto que lo mejor sería una *biografía crítica*, que quizá podría estar novelada, por qué no, si todas son novelas al fin y al cabo, como las historias—, no se debe olvidar que el cuento (ese primer apunte novelístico, según Gómez Valderrama) ya fue escrito, un cuento poligenérico, cuya naturaleza apócrifa no le quita un pelo a su más que rigurosa historicidad, ni invalida su premonitorio juicio a Pinochet desde la literatura; muy por el contrario, les permite, tanto a la una como al otro, darnos la oportunidad de ser más justos y honestos con nosotros y con los demás, aunque más no sea sino por el camino de la realidad virtual. No olvide el lector, a propósito de esto, que la literatura ha sido desde siempre un espacio virtual, no se crea que hay algo nuevo bajo el soltecno(lógico) que hoy nos ilumina los días y las noches por igual.

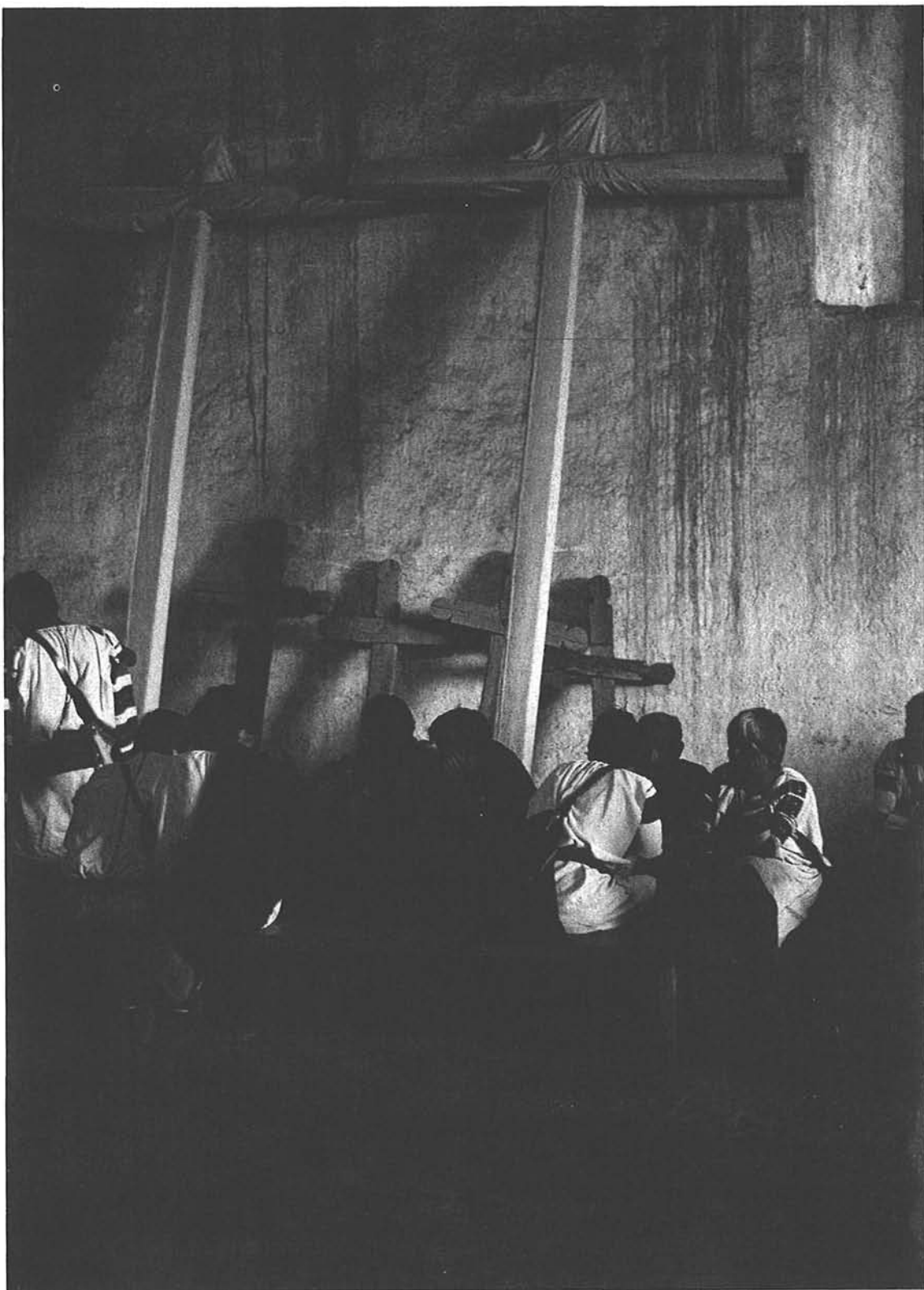


Foto: Pedro Pitarch